

La cronología en Naufragios: ¿Naufragios del tiempo?

Desde la malograda expedición de Pánfilo de Narváez reposan su sueño imperial los navios españoles. El Golfo de México acoge en sus profundidades abismos de grandeza y simas de soberbia. Borges, soberbio y grande, expone, en un famoso ensayo, la transmisión de una idea soñada desde la piedra a la solidez de las palabras; de éstas tal vez a la música o al mármol¹. La verdadera odisea de Alvar Núñez no dista mucho de ser, en el mismo sentido, un rescate del sueño de las naos a través de la palabra. Sus *Naufragios* han dejado de ocupar un espacio geográfico para instalarse en el tiempo incesante de la historia literaria. En años recientes, un numeroso grupo de estudiosos, faros de mar, han intentado el rescate de un rescate, al objeto de llevar a buen puerto la letra y la madera.

Los primeros estudios sistemáticos sobre la obra plantearon desde distintos enfoques la cuestión del género de la misma: historia, relación, novela de aventuras, autobiografía, etc.². A partir de entonces, diversas características de la narración fueron abordadas con el fin de completar el mosaico crítico que reconstruyera el texto. Procedimientos narrativos, génesis e intencionalidad de la obra, aplicaciones de la semiótica de la cultura, espacios, voces, han sido algunas de las facetas que los críticos han puesto de relieve³. Desde la consideración de *Naufragios* como un tipo de texto acogido al discurso procesal de defensa de una causa⁴, hasta su clasificación dentro del ámbito de la hagiografía⁵, pasando por la valo-

¹ El ensayo, como es bien conocido, lleva por título «El sueño de Coleridge.»

² Véanse al respecto los siguientes artículos: David Lagmanovich, «Los *Naufragios* de Alvar Núñez como construcción narrativa.» *Kentucky Romance Quarterly* 25 (1978): 27-37; Robert E. Lewis, «Los *Naufragios* de Alvar Núñez: historia y ficción.» *Revista Iberoamericana* 120-121 (1982): 681-694; Lee W. Dowling, «Story vs. Discourse in the chronicle of the Indies: Alvar Núñez Cabeza de Vaca's *Relación*.» *Hispanic Journal* 5.2 (1984): 89-100.

³ Es destacable la aportación de Sylvia Molloy, «Alteridad y reconocimiento en los *Naufragios* de Alvar Núñez Cabeza de Vaca» *Selected Proceedings. The seventh Louisiana Conference on Hispanic Languages and Literatures* (Louisiana, Baton Rouge: Alfredo Lozada, 1986) 13-33.

⁴ Tal es la conclusión que se desprende del artículo de Lucía Invernizzi Santa Cruz, «*Naufragios* e *Infatunios*: discurso que transforma fracasos en triunfos.» *Disposito* 11.28-29 (1986): 99-111.

⁵ Así lo considera parcialmente Enrique Pupo-Walker, «Pesquisas para una nueva lectura de los *Naufragios*, de Alvar Núñez Cabeza de Vaca.» *Revista Iberoamericana* 53.140 (1987): 517-539.

ración de sus elementos etnográficos, da la impresión de que ningún aspecto ha quedado sin su correspondiente análisis ⁶.

Existe, no obstante, una categoría del relato que, si bien ha merecido —siempre de pasada— la atención de la crítica, no ha sido estudiada con exhaustividad y rigor, lo que ha dado lugar a una gran cantidad de equívocos. Me refiero al estudio del tiempo narrativo. En estas líneas intentaré esbozar algunas consideraciones sobre la cronología y las *marcas temporales* en *Naufragios*, esperando que las ideas vertidas aquí contribuyan a que otros diluciden determinados puntos oscuros en torno al género de la obra.

Fue David Lagmanovich el primero en señalar que, a pesar de que el texto siempre ha sido leído como fuente de noticias históricas, su «endeblez cronológica» es palpable ⁷. Por el contrario, Robert Lewis resalta la importante función de la memoria en la génesis del texto; apunta la pertinencia de organizar de modo coherente las experiencias de diez años en una narración autobiográfica, en la que la memoria y la cronología, como se verá, tendrán una decisiva influencia. A su vez, pone de relieve el problema de interpretar vivencias no verosímiles, en el marco de la consideración de la obra como noticia verdadera ⁸. Más adelante, rebate definitivamente la aseveración de Lagmanovich sobre las incoherencias cronológicas de *Naufragios*, afirmando que lo «que desde el punto de vista histórico constituye un problema serio es indispensable para los propósitos del relato ⁹».

Si realizamos un rastreo exhaustivo, capítulo a capítulo, de las *marcas temporales* presentes en el texto, llegamos a la evidencia de que no es que la «endeblez cronológica» sea «indispensable para los propósitos del relato», sino que, en realidad, tal endeblez ni es intencionada ni existe. Puede apreciarse, entonces, cómo los procedimientos temporales son, en manos de Alvar Núñez, los instrumentos más valiosos para dar coherencia a sus diez años de aventuras; prestar verosimilitud al texto; y en último término reflejar, tal vez de modo inconsciente, su diversa concepción cultural del tiempo y su correspondiente transformación interior. Pero, antes de realizar un ejercicio tan minucioso, me interesa destacar algunos aspectos temporales de carácter más general.

De entrada, conviene subrayar una característica genérica que permite situar a los *Naufragios* en la tradición narrativa de los relatos de aventuras y de las composiciones épicas. Al leer las primeras páginas, recibimos la impresión de que el texto se va a constituir en narración compleja cuya

⁶ Mucho más general, pues aborda la obra en relación con determinados procedimientos retóricos presentes en las crónicas, es la contribución de Antonio Carreño, «*Naufragios* de Alvar Núñez de Cabeza de Vaca: una retórica de la crónica colonial.» *Revista Iberoamericana* 53.140 (1987): 499-516.

⁷ Lagmanovich 28.

⁸ Lewis 685.

⁹ Lewis 687.

cronología interna, o cuya disposición temporal va a seguir las pautas del relato *ab ovo*:

A diez y siete días del mes de Junio de mil y quinientos y veinte y siete partió del puerto de Sant Lúcar de Barrameda el governador Pámphilo de Narváez, con poder y mandato de Vuestra Magestad para conquistar y gobernar las provincias que están desde el río de las Palmas hasta el cabo de la Florida, las cuales son en tierra firme; (65)¹⁰

Y casi al final de la obra, en el capítulo XXXVII, encontramos: «y llegamos al puerto de Lisbona a nueve de Agosto, bíspera del señor Sant Laurencio, año de mil y quinientos y treinta y siete años.» (170) Estas palabras parecen crear completamente la estructura circular: se clausura el tiempo de los acontecimientos narrados, a la vez que punto de origen y punto de llegada coinciden; tal y como sucede en los relatos odiseicos, en las novelas de peregrinos, en las bizantinas. Dicha estructuración textual no deja de ser un espejismo provocado por la linealidad del texto y por el proceso de lectura, y será desmontada en el capítulo XXXVIII, en el que todo el relato queda enmarcado, mediante la conjunción de analepsis y presagio, en el espacio imaginario de una profecía: la de la mora de Hornachos. En ese bloque, pues, nuevamente constituido, las palabras que abren el capítulo I no se sitúan en el origen temporal de la narración, sino completamente insertas en el tiempo —posterior— creado por el augurio; con lo cual todo el texto, todos los *Naufragios* no son sino una suerte de *prolepsis compleja*. Nos encontramos, de este modo, ante un enmascarado comienzo *in medias res*.

Por otra parte, un rasgo más que pudiera ligar nuestro relato al llamado discurso primitivo es, sin lugar a dudas, la utilización recurrente de *marcas temporales* como mero recurso retórico. Tal empleo llega a ser fastidioso en ocasiones, pues el autor no se limita a la simple consignación de fechas, sino incluso de momentos del día, con lo que sus acciones o las de los indios se encuadran temporalmente. Evidentemente, este recurso no es exclusivamente una cicatriz familiar que una nuestro texto a otros, sino algo más. Numerosos críticos han señalado que el verdadero servicio de Alvar Núñez, una vez fracasada su aventura, ya no es otro que el de contar. Pero, como sabemos, contar exige, entre otras cosas, el dominio de las técnicas de la verosimilitud, y más en el caso prodigioso de nuestro autor-protagonista. Para los defensores del texto como obra histórica, ¿qué mejor prueba a sus opiniones que la abundancia de marcas cronológicas, la fijación temporal que acerca los hechos relatados a la verdad, más que a lo verosímil? En otro orden de cosas, se ha señalado

¹⁰ Alvar Núñez Cabeza de Vaca, *Naufragios*, edición de Trinidad Barrera (Madrid: Alianza, 1985). Las referencias a las páginas irán consignadas entre paréntesis tras las citas correspondientes.

también el equilibrio perceptible en el texto entre el modo discursivo de la novela de aventuras y la autobiografía ¹¹. Para confirmar la adscripción del texto a este último género, ¿qué mejor argumento que la proliferación de fechas y de referencias al transcurso temporal? Esta abundancia de procedimientos convierte innumerables páginas del texto en un auténtico diario, ejercicio autobiográfico por excelencia, en el que el tiempo, como su misma denominación genérica indica, adquiere decisivo protagonismo.

Como todo lenguaje, *Naufragios* está atrapado por su linealidad. En ese sentido, la palabra de por sí es tiempo. Los procedimientos temporales de cualquier texto parten de la utilización de los verbos. En la misma línea de generalidad, existen otras categorías gramaticales que denotan el tiempo, como los adverbios. Pero aparte de tales recursos comunes a la composición escrita, en las obras que pretenden fijar una verdad o hacer creíble lo inverosímil, encontramos una voluntad estilística en el tratamiento de los aspectos temporales. Al analizar lo que denomino *marcas temporales* obviaré las categorías lingüísticas generales (verbos y adverbios) y me detendré en aquellos signos que plagan el texto con funcionalidad esencialmente cronológica. Dicha gama abarcará desde la referencia a los años, meses, días, etc. hasta la mención a las distintas etapas de una jornada.

Quien haya tenido la paciencia de entresacar del texto todas estas *marcas temporales* no puede negarse a la evidencia de que Alvar Núñez empleó el recurso a la cronología consciente e intencionadamente. De los treinta y ocho capítulos de que se componen los *Naufragios* encontramos sólo uno, el VI, en el que no se utilizan los recursos temporales. La media de su frecuencia es de unas siete u ocho apariciones por capítulo, llegando a alcanzar más de veinte *marcas* en los capítulos I y XXXVII; y existiendo más de diez capítulos con más de diez *marcas cronológicas*. Obviamente, por lo que respecta a la cantidad de los recursos no podemos seguir hablando de «endeblez cronológica». Pero, además, en el análisis cualitativo de dichas *marcas* se comprueba que su empleo se diversifica en una amplia gama de funciones. Todo ello señala características del discurso textual y deja transcurrir la conversión personal de Alvar Núñez.

En los capítulos iniciales las referencias temporales se enmarcan en una suerte de cronología convencional, artificial. Así, los días, los meses, los años, saturan esta parte de la obra; aparecen también nombres de días de la semana: domingo, lunes... Otras veces la mención al día se realiza mediante el nombre del santo al que ese día está dedicado: día de San Miguel, día de San Laurencio. Para las partes del día se utiliza el sistema romano de las horas canónicas: a hora de vísperas, aunque aparecen más frecuentemente alusiones al momento del día por referentes naturales:

¹¹ Stephanie Merrim, «Historia y escritura en las crónicas de Indias: ensayo de un método.» *Explicación de textos literarios* 9.2 (1981): 193-200.

amanecer, mediodía, tarde, noche. Pero lo realmente interesante es que la transformación cultural del narrador se refleja en que la cronología convencional, europea, escasea en la parte central del libro y es sustituida por sistemas cronológicos de orden natural. Y así, podemos leer sin sorpresa: «Cuando el tiempo de las tunas tornó» (119); «era ya tarde y las tunas se acababan» (120-121); «ya el invierno y tiempo frío entrava» (122). Expresiones en las que la necesidad de alimento o de ropa miden el transcurso del tiempo, sustituyendo a las convenciones citadas más arriba. La Luna sirve también como reloj para Alvar Núñez: «Nosotros estuvimos con aquellos indios Avavares ocho meses, y esta cuenta hazíamos por las lunas.» (126). Más adelante, se nos ofrece un precioso fragmento en el que las diferencias entre sistemas civilizados y naturales de medición temporal quedan expuestas claramente:

Toda esta gente no conocía los tiempos por el sol, ni la luna, ni tienen cuenta del mes y año, y más entienden y saben las diferencias de los tiempos cuando las frutas vienen a madurar, y en tiempo que muere el pescado, y el aparecer de las estrellas, en que son muy diestros y exercitados. (127-128)

No sólo el contraste de culturas se halla documentado en este párrafo, sino la importancia que Alvar Núñez le concede al cómputo del tiempo.

Como botón de muestra, que destierre el fantasma de la «endeblez cronológica» de los *Naufragios*, resulta productivo probar la historicidad —real o fingida— de los acontecimientos desde el capítulo I hasta el XIV. En ellos, es posible confirmar los datos temporales aportados por Alvar Núñez y enmarcarlos en el tiempo real de la historia. Por pesado que nos resulte, el ejercicio de rastrear la evolución cronológica tácita en esta parte del texto aporta nueva luz sobre su configuración, por lo que al tratamiento del tiempo y la historia se refiere. De ahí que su realización resulte imprescindible.

La expedición sale del puerto de Sanlúcar el 17 de junio de 1527. Pues bien, hasta finales de abril de 1529, puede seguirse con pormenor —siempre leyendo atentamente— el rastro temporal de Alvar Núñez a través de la letra. La sucesión de acontecimientos está perfectamente documentada en el tiempo ¹².

Capítulo I.— [Del 17 de agosto de 1527 al 20 de febrero de 1528]. Tras el viaje atlántico, la estancia en Santo Domingo dura «casi cuarenta y cinco días» (66). En Santiago, se detiene la expedición «algunos días» (66), parte después hasta llegar al puerto de Trinidad, donde la primera catástrofe marítima es minuciosamente localizada en el tiempo. Se utili-

¹²Tomando como base las marcas temporales de *Naufragios*, realizaré los cálculos cronológicos pertinentes. Consigno entre corchetes las fechas de este cómputo, fechas que no son especificadas literalmente por Alvar Núñez, pero que pueden conocerse mediante el coherente sistema temporal que el texto produce.

zan diversas *marcas* para jalonar el transcurso de tres días: «Otro día¹³, de mañana»; [a] medio día»; «otro día, que era domingo»; «una hora después»; «toda la noche»; «hasta la mañana»; «[e]l lunes por la mañana» (67-68). Después de señalarnos que estuvieron algunos días esperando, el narrador nos da una nueva fecha: cinco días del mes de noviembre (69). Posteriormente, invernan en el puerto de Xagua hasta el 20 de febrero, ya de 1528 (69).

Capítulo II.— [Del 20 de febrero al 14 de abril de 1528]. El capítulo comienza con la llegada del gobernador [20 de febrero]. «[D]os días después» (70) [22 de febrero], se embarca la expedición. Al día siguiente (70) [23 de febrero] embarrancan y están así «quince días» (70) [9 de marzo]¹⁴. Después de una navegación tortuosa llegan «a tierra, martes doze días del mes de Abril» (70); por fin, el «jueves sancto» (70) [14 de abril] desembarcan en Florida.

Capítulo III.— [Del 14 de abril al 17 de abril de 1528]. «En este mismo día» (71) [14 de abril] se realizan los primeros preparativos para la exploración de la Florida. «Otro día siguiente, que era viernes sancto¹⁵» (71) [15 de abril] encuentran las casas de los indios. «Otro día» (71) [16 de abril] el gobernador levanta pendones y toma posesión de la tierra en nombre del rey. Y por último, «[o]tro día» (71) [17 de abril] se acercan los primeros indios a los españoles.

Capítulo IV.— [Del 18 de abril al 1 de mayo de 1528]. El 18 de abril emprenden una expedición hasta llegar a la Bahía de Tampa. Al día siguiente, comienzan a encontrar indios. De ese modo, llegamos al «primero de mayo» (73), cuando se produce el enfrentamiento entre Pánfilo de Narváez y Alvar Núñez.

Capítulo V.— [Del 1 de mayo al 25 de junio de 1528]. El 1 de mayo, «[s]ábado» (76) parten para entrar en la tierra. Transcurren 15 días de camino (76) [15 de mayo], tardan un día en pasar un río (76) [16 de mayo]; están tres días con los indios (77) [19 de mayo]; al día siguiente (77) [20 de mayo] Alvar Núñez parte y explora la tierra, lo que se detalla temporalmente, «hásta diez y siete de Junio» (78). Por fin, tras una minuciosa referencia a los días que transcurren, llegan a Apalache (un día después de Sant Juan) (79) [25 de junio].

Capítulo VI.— [25 de junio de 1528]. Narra las primeras horas en Apalache y describe posteriormente algunas costumbres de sus pobladores.

¹³ En contra de lo que pudiera pensarse «otro día» no tiene el significado de «un día cualquiera», sino que se utiliza para referirse al «día siguiente», significa lo mismo que «al otro día». Covarrubias define bajo la entrada «Otro»: «[...]vale tanto como segundo, porque ha de preceder uno.» *Tesoro de la Lengua Castellana o Española* (1611); ed. facsímil (Madrid: Turner, 1979). Además, a lo largo de la obra, se hallan múltiples casos en los que por el contexto lógico-temporal «otro día» no puede significar sino «al día siguiente».

¹⁴ 1528 fue año bisiesto.

¹⁵ Una prueba más del significado de «otro día».

Capítulo VII.— [Del 25 de junio al 2 de agosto de 1528]. La acción de los personaje se sitúa cronológicamente «[d]os horas después» (81-82) de haber llegado a Apalache. Es decir, estamos aún en el 25 de junio. Al día siguiente (82) [26 de junio] tienen lugar unas escaramuzas con los indios. «Otro día siguiente» (82) [27 de junio] el episodio se repite con indios de otra tribu. El autor nos informa de que su estancia en el pueblo fue de «veinte y cinco días» (82); «nos partimos a cabo de veinte y cinco días que allí avíamos llegado» (83), o sea, hacia el [20 de julio]. Posteriormente, el narrador no se conforma con darnos cumplida cuenta de los días de camino: «El primer día» (83), «al segundo día» (83), «[o]tro día siguiente» (84); sino que sitúa la cronología exacta, cuando llegan a Aute: «En nueve días de camino, desde Apalache hasta allí, llegamos» (84). Por tanto, nos encontramos en el [28 de julio]. Descansan «dos días» (84) [29 y 30 de julio]; y al día siguiente (85) [31 de julio] Alvar Núñez realiza una avanzadilla de exploración; en el texto se especifica minuciosamente «camina mos hasta hora de vísperas.» (85). Al siguiente día por la mañana (85) [1 de agosto] envía algunos hombres a una misión, y llegan al día siguiente por la noche (85) [2 de agosto]. Todos juntos vuelven a donde se encontraba el gobernador. En este momento de la narración —como en otros muchos que no reseñamos por no ser propia— se utiliza el procedimiento de la analepsis, para integrar en el relato lo sucedido al gobernador en ausencia de Alvar Núñez: «y la noche pasada [1 de agosto] los indios había dado en ellos [...]» (85). El capítulo, según nuestro cómputo, concluye, el 2 de agosto: «Aquel día nos detuvimos allí.» (85).

Capítulo VIII.— [Del 3 de agosto al 22 de septiembre]. Tras el seguimiento detallado que se ha realizado en el párrafo anterior, en éste, podrá comprobarse, hasta qué punto las *marcas temporales* utilizadas en el capítulo VII son exactas y conscientes. Al principio del capítulo VIII leemos: «Otro día siguiente, partimos de Aute» (85). Si arrancamos del dos de agosto, según los cálculos efectuados, nos situamos ahora en el [3 de agosto]. Más adelante, la *marca* «[o]tro día» (87) nos sitúa en el cuatro de agosto, siempre según nuestras conclusiones basadas en los signos presentes en el capítulo anterior. En efecto, líneas más abajo el autor nos dirá, refiriéndose a la construcción de las naves: «comenzándolas a cuatro días de agosto» (87). De esta forma constatamos cómo Alvar Núñez no utiliza vagamente los términos «otro día», «tarde», «noche», etc. La concordancia entre nuestro análisis y la *marca* explícita del texto: «cuatro de agosto», así lo corrobora. El capítulo VIII concluye el 22 de septiembre de 1528. El narrador nos informa de que para el 20 han terminado las naves y «a veinte y dos días del mes de Setiembre se acabaron de comer los cavallos, que sólo uno quedó, y este día nos embarcamos[...]» (88).

Capítulo IX.— [Del 22 de septiembre al 28 de octubre de 1528]. Tras partir de la bahía de Caballos, la expedición navega durante «siete días» (89) [29 de septiembre]. Más adelante leemos: «passamos un estrecho que la isla con la tierra hazía, al cual llamamos de Sant Miguel por aver salido

en su día por él.» (899). Encontramos aquí una *marca temporal* explícita mediante la referencia al santo del día; el día de San Miguel es el 29 de septiembre, lo que coincide con el cálculo anterior. Navegan por ancones durante treinta días (89), con lo que nos situamos en el [28 de octubre] aproximadamente. El capítulo concluye con el relato pormenorizado de esos 30 días de navegación: se detienen seis días en una pequeña isla (90), «[o]tro día de mañana (91), «navegamos tres días» (92), «a la noche» (92), etc.

Capítulo X.— [Del 29 de octubre al 6 de noviembre de 1528]. Comienza, «[v]enida la mañana» (92), el [29 de octubre]. Navegan todo el día «hasta hora de vísperas» (93), continúan en dificultades durante otros dos días (93-94) [30 y 31 de octubre]; al amanecer del siguiente día [1 de noviembre] las barcas se encuentran perdidas (94). A partir de entonces, navega la nave de Alvar Núñez en compañía de la de Peñalosa y Téllez durante cuatro días (95) [4 de noviembre], fecha en que se produce una tormenta que deja la barca completamente aislada de las demás. Un día después (95) [5 de noviembre], empieza a desmayarse la tripulación, y esa misma noche Alvar Núñez se hace con el leme de la nao y metafóricamente con el de toda la expedición (95). A la mañana siguiente, «cerca de tierra, nos tomó una ola, que echó la varca fuera del agua un juego de herradura[...]» (96). Según nuestros cálculos este día sería [6 de noviembre] de 1528. Oigamos, ahora, al narrador dar fin al capítulo: «El día que aquí llegamos era sexto del mes de Noviembre.» (96). ¡Sorprendentemente exacto! De nuevo, las *marcas* de Alvar Núñez han sido empleadas a la perfección.

Capítulo XI.— [6 de noviembre de 1528]. Este capítulo narra los hechos ocurridos durante un solo día. La exploración de Lope de Oviedo y la aparición de los indios (96); más adelante, «dende a media hora» (97) aparecen otros cien indios. Concluye con una anticipación temporal: «por señas nos dixeron que a la mañana bolverían» (97).

Capítulo XII.— [Desde el 7 de noviembre hasta antes de fin de noviembre de 1528]. «Otro día, saliendo el sol, que era la hora que los indios nos avían dicho» (97). Estamos en el [7 de noviembre], la prolepsis final de capítulo anterior adquiere temporalidad presenta, acto; lo que demuestra, de paso, que la expresión «otro día» no significa “otro día cualquiera”, sino “al día siguiente”, “al otro día”. Por lo demás, el capítulo es más vago temporalmente. El narrador comienza a reproducir con su escritura el mundo cultural de los indios, el paso del tiempo es menos perceptible. Sólo se apunta que «era por Noviembre» (98). Si se sitúa en el transcurso temporal todo el proceso de fiesta de los indios: «a hora de puesto el sol» (99), «esto les duró más de media hora» (99), «desde a una hora» (100), «duró toda la noche» (100).

Capítulo XIII.— [Esencialmente analeptico: noviembre]. Es interesante este capítulo porque integra, mediante la analepsis, el episodio de

los capitanes Dorantes y Castillo: «nos contaron cómo a cinco de aquel mismo mes, su varca avía dado el través[...]» (101).

Capítulo XIV.— [Etnografía temporal. Hasta finales de abril de 1529]. Encontramos aquí una prueba valiosa de la importancia de la cronología en la obra. Las *marcas temporales* son aplicados a las actividades y costumbres de los indios, con lo que se pone de relieve la función etnográfica de determinados capítulos del libro, cuya información queda documentada en el tiempo: «La habitación que en esta isla hazen es desde Octubre hasta en fin de Hebrero» (102). «El su mantenimiento es las raíces que he dicho, sacadas debaxo el agua por Noviembre y Deziembre» (103). Más adelante: «En fin de Hebrero van a otras partes a buscar con qué mantenerse» (103). Luego se nos informa de que el llanto por un muerto «dura un año cumplido» (103). La importancia concedida al tiempo continúa en la descripción de otras costumbres: «cuando algún hijo o hermano muere, en la casa donde muriere, tres meses no buscan de comer, antes se dexan morir de hambre» (104). También se nos dice que durante «tres meses del año no comen otra cosa» que ostiones (104)¹⁶. Al final del capítulo, tras especificar que han pasado allí largo tiempo, sitúan su estancia hasta finales de abril [de 1529].

Como hemos tenido ocasión de comprobar en esta pequeña muestra, los *procedimientos temporales* no son, de ningún modo, tratados ligera o vagamente en la narración. A partir del capítulo XV, aunque no hay una referencia exacta a los días, los meses y los años, las *marcas cronológicas* siguen jalonando el texto y encuadrando las acciones de Alvar Núñez y los indios a lo largo de sus evoluciones espaciales. Además, como se ha apuntado, otros sistemas de orden natural sustituyen a los convencionales. Es cierto que existe una laguna de seis años y podemos buscar explicaciones satisfactorias para ese período de tiempo en que Alvar Núñez no detiene su pluma¹⁷, pero a partir de entonces, a partir de 1535, aproximadamente, se puede retomar de nuevo al hijo cronológico, que en los últimos capítulos adquiere la coherencia de los primeros y que concluye el 9 de agosto de 1537. Alvar Núñez no pudo desenredar, tanto años después de su aventura, los hilos invisibles de esta madeja temporal, a no ser que

¹⁶ Esta relevancia concedida a los períodos temporales en la descripción etnográfica puede apreciarse también en los capítulos XVII, XVIII, XXII, XXII y XXXII.

¹⁷ De la misma forma que se ha articulado la información temporal de los primeros capítulos, podría integrarse la información recogida sobre los capítulos XV al XXXVIII. Baste apuntar que los seis años de Alvar Núñez entre los indios, como mercader, suponen un período espacialmente estático que halla su correspondencia en la ausencia de narración; del mismo modo que la existencia de camino o itinerario, como médico o brujo, reabre el proceso temporal analizado en este breve ensayo. Así, en la última parte de la obra, también es posible realizar una fijación cronológica de los acontecimientos a partir de las fechas explícitas que aparecen en los capítulos XXXVI, XXXVII y XXXVIII; pero operando a la inversa: del después al antes. Las notas recogidas de la lectura pormenorizada así lo confirma.

contara con alguno de estos dos instrumentos: un cuadernillo de notas en el que minuciosamente apuntara las lunas y los soles o una exagerada voluntad artística de acercamiento a la verdad. Tal vez la una hizo existir al otro o ambos fueran creados por la ambición de la historia para hundirse en un mar o en el tiempo.

Joaquín Roses Lozano
Brown University
(EE. UU.)